

Discurso Pronunciado en la Ceremonia Inaugural del IV Congreso Mundial de Cardiología**

Por

Dr. Ignacio Chávez*

Señor Secretario de Salubridad y Asistencia,
Representante del señor Presidente de la República;
Señores Secretarios de Estado, Jefes de Departamento
e Invitados de Honor,

Señoras y señores:

La escena memorable que estamos presenciando en este auditorio, donde cerca de tres mil cardiólogos, investigadores, cirujanos, catedráticos, trabajadores de la medicina científica, venidos de todo el mundo, se reúnen animados del mismo espíritu, en el que se conjugan la ciencia y la fraternidad, es un motivo de orgullo para nosotros al par que de gratitud. A nombre de la Comisión Organizadora del IV Congreso Mundial de Cardiología, a nombre de la cardiología mexicana y del país que los recibe con júbilo, doy a ustedes, señores Congresistas, la más cordial bienvenida.

En este minuto han venido a confluír su voluntad amiga y nuestro deseo de tenerlos como huéspedes. Hace cuatro años, la Sociedad Internacional, en su asamblea plenaria de Bruselas, resolvió celebrar la cuarta reunión en esta tierra nuestra y me honró con el encargo de organizarla y de presidirla.

Hoy el mandato está cumplido. Por más de dos años hemos trabajado arduosamente en elaborar los cien detalles, grandes y pequeños, de una reunión mundial como ésta. Muchos de los miembros del Instituto Nacional de Cardiología me han prestado

* Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México y Presidente del Congreso.

** Se publica por cortesía del Dr. Eugenio García Carrillo que trajo esta honrosa colaboración para Revista Médica de Costa Rica.

su colaboración. Son ellos los que se han echado a cuestias la mayor parte de la tarea. Es el momento de ofrecerles públicamente mi agradecimiento, en particular a los dos abnegados y ejemplares Secretarios, los doctores Costero y Espino Vela; a los encargados de las distintas comisiones, doctores Aceves, Vaqueiro, Carral, Estandía, Sodi, Robles Gil, Mendoza, Cesarman y Chávez Rivera y, de un modo especial, al grupo admirable del Comité de Damas, que han sido el alma de las recepciones y de los actos sociales que tendremos el gusto de ofrecer.

Esta es la cuarta vez que se reúne el Congreso Mundial de Cardiología, la cuarta cita de nuestra historia. Porque nosotros, a la inversa de los pueblos felices, tenemos una historia, breve, es cierto, pero de la que podemos ufánarnos. Es una historia que apenas remonta a 1946.

Hace, en efecto, dieciséis años, a cien metros de este escenario, en el rincón de paz y de trabajo que es el Instituto Nacional de Cardiología, un pequeño grupo de hombres firmamos un sueño, el de crear la Sociedad Internacional de Cardiología, congregando en ella a todos los cardiólogos del mundo y, en vez del corto número que entonces éramos, hacerlos convivir en Congresos Mundiales de nuestra rama.

Era apenas al día siguiente de la guerra, lo que explicaba la ausencia de varias delegaciones a nuestro flamante Congreso Interamericano de Cardiología. Por eso nos contentamos con formar, no la Sociedad misma, sino un Consejo Internacional cuya misión primaria sería la de organizar los Congresos Mundiales y conjuntamente, de ser posible, la Sociedad Internacional. Unos cuantos años después, en 1950, se celebraba el primer Congreso Mundial en París y nacía allí la Sociedad. A aquél siguieron, con periodicidad sin falla, cada cuatro años, el de Washington y el de Bruselas. Hoy, en oscilación pendular, el Congreso viene aquí, al punto mismo donde se inició el movimiento.

Eramos apenas diecinueve los iniciadores, unos de Europa, otros de América. Miro con júbilo que la mayor parte de ellos están aquí, satisfechos de su obra. Tienen razón; ellos podrían decir orgullosamente, como Bernal Díaz del Castillo al mirar hacia atrás sus proezas de juventud en la conquista del Anáhuac: "Nosotros libramos esas batallas."

Pero al mismo tiempo advierto, advertimos todos, que hay en las filas unos sitios vacíos, los de quienes se adelantaron a nosotros en la despedida. Son dos sombras amigas, las de Rodolfo

Pérez de los Reyes, de Cuba, y Gustav Nylin, de Suecia. Con ellos se ha alejado otro, el mejor, el más grande, el que nos dio con su nombre la garantía del éxito; el que fue el Maestro indiscutido y más tarde nuestro Presidente Honorario. Su memoria flota entre nosotros y su ausencia enluta esta reunión. Puestos de pie, saludamos en silencio, con un temblor en los labios, al Profesor Charles Laubry y con él a los Profesores Nylin y Pérez de los Reyes

Y ahora, señores, volvamos al presente. Nos esperan, durante una semana, intensas jornadas de labor: 450 personas leerán sus trabajos individuales en las sesiones matutinas; cerca de 3.000 congresistas, venidos de todo el mundo, se aprestan a escuchar, a discutir, a enseñar y a aprender; 40 Sociedades Nacionales y Continentales de Cardiología concurren con sus delegaciones; 52 países asisten, representados por sus hombres de ciencia; las distintas escuelas de Cardiología del mundo confrontarán sus doctrinas en 15 symposia, que cubrirán el programa de las tardes y en donde serán presentados 105 temas por investigadores de la más alta autoridad.

El número de trabajos que van a leerse pudo ser mayor, a juzgar por la gran cantidad que recibimos; por eso nos hubiera obligado a fragmentar el Congreso en muchas sesiones simultáneas. Hemos preferido reducir el programa, seleccionando los trabajos y evitando las repeticiones innecesarias.

La situación que apunto aprueba que la aportación caudalosa de nuestro tiempo complica la realización de estos congresos, que se ven desbordados, los de Cardiología lo mismo que los de otras ramas; pero más aún complica nuestra vida de médicos. El ritmo de los avances científicos es más rápido que el de nuestro avance personal. Lo fue, lo ha sido siempre; pero la discrepancia en nuestro tiempo llega a los límites de la angustia.

El riesgo mayor que confrontamos no es, precisamente el de ignorar las novedades, los últimos hallazgos. No; es el de quebrantar lentamente nuestro rigor científico, hecho a imponer bases seguras a nuestros conocimientos y a exigir pruebas, antes de admitir la verdad de las cosas nuevas. Es el riesgo de olvidar la duda cartesiana, que ha sido la espina dorsal de nuestra postura científica. El torrente que vierte la literatura médica nos impide a menudo la reflexión serena y ahora el juicio crítico. Lo que ganamos en erudición lo vamos perdiendo en sabiduría.

Aún quedan otros riesgos. Los prodigios de la técnica, que nos entusiasman y con facilidad nos alucinan, a veces nos hacen

confundir la finura del procedimiento con el rigor del método. El instrumento complicado, maravilloso, se nos vuelve ayuda y, a la vez, amenaza. Y luego, el vértigo de la prisa en que vivimos y el contagio del entusiasmo que llega a crear ilusiones colectivas y nos hace víctimas de las modas. ¿Quién duda que las estamos sufriendo? Que baste recordar la cantidad de drogas que apenas ayer llenaban las revistas con sus resultados halagüeños; todo mundo las usaba, y hoy ¿quién se acuerda de ellas?

En el fondo de todo esto, yo veo una forma de retorno al empirismo. Pero el de ahora se presenta con disfraz científico. El médico que padece este mal no lo advierte, como el personaje célebre que hablaba en prosa sin saberlo.

Todos estos peligros de nuestra medicina de hoy, son los frutos amargos de lo mismo que constituye nuestro orgullo, del progreso científico y técnico de nuestro tiempo. ¿Qué hacer para corregir esos males, para apartar esos riesgos? ¿Es acaso posible?

Una reunión como ésta es una buena ocasión para las rectificaciones. Yo invito a las grandes figuras de nuestra rama, lo mismo que a los maestros jóvenes que nos acompañan, a que, mirando el problema en su conjunto, mediten y propongan soluciones, particularmente en el campo de la enseñanza y de la investigación en cardiología, que amenaza desarticularse del resto de la medicina.

Por mi parte, me limito a aventurar, con justificada timidez, la idea de que el remedio estriba en robustecer la formación científica de todo médico, muy en particular la de los especialistas, como es el caso de los cardiólogos; en defenderlos de la fácil inclinación a lo puramente técnico, a lo empírico, a lo pragmático; en impedir que nuestra rama se siga fragmentando en cien subespecialidades, si cada una va en busca de una autonomía imposible; en lograr que la capacidad especial adquirida en un sector limitado no signifique ignorancia de lo que hay de fundamental en los sectores vecinos; en una palabra, el remedio estriba en integrar la cardiología, entera, plena, dentro de la medicina científica. De no hacerlo pronto, de no empezarlo hoy, dentro de unos años habremos levantado, con nuestro propio progreso, una nueva torre de Babel, en la que los médicos seremos víctimas de la confusión de lenguas y en la que el hombre enfermo se mirará solo, perdido en medio de esa nueva forma de sabiduría.

Pero no sólo de ciencia debe estar hecho el médico. No lo está así el de hoy o menos deberá estarlo el de mañana. No entraré en el tema, porque esa inquietud ya la discutí ampliamente

en el pasado Congreso de Bruselas. Sólo diré que sigo creyendo, igual que entonces, que el cardiólogo, como científico, ha de ser hombre culto o no será, y sólo vuelvo a insistir en la necesidad imperiosa de fomentar en él un humanismo moderno, "tanto más hondo y apasionado cuanto mayor sea la limitación impuesta por una educación científica exigente y unilateral".

Aparte el robustecimiento de la formación en la ciencia y la cultura, aparte el ímpetu sostenido de renovar constantemente el bagaje intelectual, tarea que nos corresponde a nosotros mismos, en el ámbito de nuestras escuelas: es la cooperación internacional.

La concibo, en nuestro campo, como una disposición generosa de ánimo, compartida por todos, a lo ancho del mundo, para romper las barreras nacionales, que suelen encubrir egoísmos y suficiencias, cuando no recelos; para abrir puertas a las ideas ajenas, cualquiera que sea el país de donde vengan, con tal de que sean fundadas; para cooperar en los proyectos de los demás, con tal de que sean nobles y prometedores; para ayudar al desenvolvimiento de las escuelas científicas que, por pequeñas o recién surgidas, reclaman más apoyo; concibo esa cooperación como un impulso de comprensión intelectual, de simpatía humana, de acercamiento universal.

Nada mejor que nuestros Congresos para propiciar un movimiento así. Imbuido de esta idea, hace años, en la reunión de Washington, afirmaba que no hay profesión como la nuestra para aprender el secreto de la convivencia y de la ayuda. "Es que somos —decía— un grupo fundido en un mismo molde. No importa si el metal fue fundido en Europa o en África, en Asia o en América. No importa si el metal es rubio o es oscuro. Es siempre el mismo, ecuménico y eterno. Es el que nos legaron nuestros abuelos de Egipto y de Grecia y el que ha de moldear un día a nuestros nietos". De paso, y como un apoyo a mi aserto, agregaba: "La medicina nos ha dado a los que la amamos un rasgo peculiar: no logramos poseerla nunca y es ella la que nos posee, como un demonio interior. Una vez que nos cubre, es como la túnica de Neso, que no se arranca jamás."

Si invocaba yo entonces esa comunidad de origen y esa identidad de sello espiritual para pedir el acercamiento científico, hoy esa meta limitada no basta, no puede bastarnos. Hay que poner el empeño más alto, recordando que si somos médicos, también somos hombres de deberes superiores, los que nos impone nuestra propia jerarquía científica.

Por ella y por la naturaleza de nuestra profesión, nacida para cuidar la salud del hombre, de todos los hombres, prote-

giéndolos así del infortunio, no podemos permanecer indiferentes, fríos, como meros espectadores, ante la amenaza visible de nuestro tiempo.

El mundo está a cada día más enfermo de desconfianza y de temor, rayanos a veces en la angustia. A nosotros nos toca contribuir a la extirpación de esos males, servir a la causa del entendimiento humano, luchar por asegurar la paz. Esa paz que no es cartel de nadie porque es bandera de todos, no importa cuál sea el color ni el país ni la religión; esa paz que buscan lo mismo el que sigue a Budha que el que cree en Mahoma y el que reza a Cristo; la paz a la que aspiran en la tierra todos los hombres de buena voluntad.

Esta misión que tenemos como hombres de ciencia ya la planteé ante ustedes en el Congreso de París, al advertir el sesgo trágico que había tomado la historia y el temor que sentía el mundo ante los descubrimientos de sus sabios. Si la invoqué hace doce años, al nacer nuestra Sociedad Internacional, hoy que termino en mis funciones de Presidente y me dirijo a ustedes quizá por última vez, he querido recordarla como una misión muy alta de nuestra Sociedad y de nuestros Congresos. No somos mentalidades abstractas ni ideas puras ni ciencia en marcha. Somos hombres de carne y hueso, de dolor y de esperanza, que nos reunimos para hacer avanzar nuestra ciencia, pero con un fin supremo, el de mejor ayudar al hombre.

Si mañana va a comenzar el programa de trabajo, hoy empieza, señores Congresistas, el contacto de ustedes con este México que los recibe. Y pues que he hablado de la necesidad de conocimiento y de entendimiento y de amistad entre los pueblos, espero que encuentren natural el interés que tenemos de que nos conozcan. Que nos conozcan bien, en nuestras virtudes y en nuestros defectos, en nuestras realizaciones y en nuestras carencias, en nuestros trágicos fracasos y en nuestras esperanzas. Nos presentamos sin máscara y sin pretender poner ante sus ojos los lentes del Doctor Panglos.

Somos un pueblo híbrido, nacido, allá en el siglo XVI, del injerto de España sobre el viejo tronco indígena. Ni europeos ni indios, sino orgullosamente mexicanos, nutridos con la savia del viejo solar de nuestros mayores.

Somos un país joven en la cultura occidental, pero viejo de milenios en la civilización indígena. Tenemos, por eso, el amor de la cultura y el de la tradición, propios de un pueblo antiguo, junto con la audacia, a veces irreflexiva, de las razas jóvenes.

Esto explica muchas de nuestras paradojas, de nuestras contradicciones, de nuestros contrastes; pero es también lo que atenúa muchos de nuestros errores.

Somos un país latino, más que por la raza, por el temperamento, por la inclinación del espíritu; pueblo de sensibilidad artística, para el que la promesa de un bello sueño suele ser más verdad que las duras realidades objetivas.

Somos un pueblo enamorado de la libertad; rebeldes, definitivamente rebeldes a todo yugo. México ha vivido con el fusil al hombro durante más de un siglo y no lo ha dejado sino hasta hace 35 años, el día en que vió conquistada, primero, su independencia y después sus libertades internas. Los que nos miraban de afuera nos juzgaron como un pueblo guerrero, y sin embargo, no hay uno más sinceramente pacífico. México no ha disparado jamás un tiro en guerras de agresión; sólo ha sufrido y ha sangrado por defender su hogar.

Somos un pueblo ansioso de superación. Desde el día en que la Revolución nos liberó de ataduras feudales, México ha trabajado con pasión, con fiebre, caminando aprisa, en ocasiones a saltos, guiado sólo por su intuición y por un ansia generosa. Esto explica muchas de nuestras caídas, pero explica también que en cuarenta años haya surgido un México nuevo. Quien lo visita y regresa al cabo del tiempo, bien puede suceder que no lo reconozca.

Citaré unos breves ejemplos que muestran el esfuerzo. La educación popular, que era pobre, con un número humillante de analfabetos. El país despertó a la realidad, creó una mística y ahora destina más del 20% de su presupuesto total al ramo educativo y construye escuelas al ritmo insospechado de una aula cada dos horas.

La educación superior, la universitaria, que era restringida e insuficiente. El país ha rectificado: construyó la Ciudad Universitaria en un tiempo récord de tres años; elevó el número de Universidades de los Estados hasta llegar hoy a 22; creó Establecimientos Tecnológicos de nivel superior y ha abierto los Institutos de Investigación, que no existían.

El país era insalubre, carente casi de hospitales, privado de protección social. En unos cuantos años ha erradicado la viruela, ha acabado casi con el paludismo, ha abatido la mortalidad infantil de 135 a 67%, y la mortalidad general de 27 a 10; se han abierto hospitales no sólo en las ciudades sino en los poblados

pequeños y aún en áreas rurales. El Seguro Social, en el breve plazo de veinte años, abarca en su protección a la mayor parte de los trabajadores del país, con clínicas modernas, hospitales, habitaciones y seguros.

No seguiré adelante. Sólo he querido exhibir unos cuantos ejemplos que muestren la ruta que seguimos. Pero si ellos hablan de la energía potencial del país, no reflejan, en cambio, las cualidades del pueblo, del hombre que ustedes cruzarán en la calle, sencillo, cordial, casi tímido. Ese hombre, ese mexicano, tiene, entre otras virtudes, la cortesía fina y el culto de la hospitalidad. Abre su casa como abre su corazón. Sabe entregarse a quien sabe entenderlo: el secreto estriba en una sonrisa amiga.

Señores Congresistas: como visitantes que vienen a este solar de México, he intentado presentarles a mi país. Lo hago con la esperanza de que al conocerlo, lo comprendan, y al comprenderlo, lo amen; con el deseo vehemente de que al partir se lleven para nosotros el mismo sentimiento de simpatía con que los recibimos. Sean bienvenidos al hogar mexicano.
